

y mostrado la imposibilidad de celebrar semejante reunion de excelencias, presta homenaje á aquella belleza que arrebató á infundía respeto. Quisiera poder describir algunos de sus rasgos, y recordar aquella armonía de proporciones, aquella indecible severidad de continente, digna de una reina, pero modesta al mismo tiempo.

El continuador de la historia palentina por el obispo Rodrigo Sánchez de Arévalo, declara sin rodeos que jamás produjo la naturaleza, ni la Providencia adornó jamás con la diadema á una mujer que pueda compararse á la Católica Isabel; porque todas, por las debilidades del corazón ó del gobierno, flaquearon alguna vez, mientras que, siguiendo á Isabel desde la cuna al sepulcro, se ve su grandeza de alma aventajando á la de todas las mujeres que la precedieron. Piensa que fué tan perfecta su pureza que no se le puede suponer ni una falta mental sobre el particular (1).

El siciliano Lucio Marineo, capellan del rey de Aragón, intentando hablar de Isabel, no puede describir tantos atractivos y encantos. Confiesa que todo cuanto poseía el rey de gracia, distinción, y dignidad superior, se encontraba reunido en la reina, pero en grado más eminente. Llama á Isabel «toda la felicidad de las Españas, toda la honra de la nación, el más bello ejemplar de todas las virtudes (2).»

Más adelante, el venerable don Juan de Palafox, obispo de Osma, hacia constar cierta conformidad moral entre Santa Teresa y la reina Isabel, por las semejanzas de su estilo epistolar, su talento de concepción y las formas del pensamiento. Infería de ello discretamente que si la santa hubiese sido reina, hubiera sido otra Isabel; así como Isabel hubiera sido otra Santa Teresa en la vida religiosa (3).

Y á fin de que no se crea que el tiempo ha podido añadir sus prestigios al recuerdo de esa majestad, citamos un testigo ocular que tomó nota de sus impresiones, en medio de las grandezas que tuvo ocasión de admirar. El protonotario apostólico Pedro Mártir de Angleria, literato de mucha fama, encargado de propagar en la corte el gusto á la bella latinidad, escribía al célebre Pomponio Lætus, el gran clásico de Roma: «Pomponio, considera como una página sibilitica lo que voy á decirte: esta mujer es más fuerte que un hombre fuerte; superior á toda alma

(1) «Non natura ei similem in regio, dico, diademate constitutam procreavit... Hanc enim si a primis ejus cunabulis, emissam usque ad animam, ejus vitam contemplamus... ut in ea ullum numquam caloris illi-citi stimulum...»

(2) «Omnis Hispaniæ felicitas, omne decus, omnium virtutum pulcherrimum specimen.» — Lucii Marinei Siculi, *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, liber XXI.

(3) «Que si la Santa hubiera sido Reina fuera otra Isabel, así como si Isabel hubiera sido religiosa, fuera otra santa Teresa.» — Diego Clemencin, *Memorias de la Academia Real de la Historia*. Ilustración XXI, tomo VI, pág. 573.

humana, un modelo admirable de decoro y honestidad (1). Jamás formó la naturaleza en ninguna parte una mujer que pueda compararse. ¿No es por ventura maravilloso, Pomponio, que las cualidades más opuestas á las de la mujer se hallen en abundancia en esta como si le fueran naturales?»

El tiempo dió razón al protonotario apostólico: nada ha desmentido su juicio. Andando los años se extendió y ensalzó muchísimo más la virtud de Isabel. El dolor la ennoblecíó, y el padecimiento le dió su consagración. Queriendo más adelante el mismo escritor designar, entre tantos tesoros del alma, la virtud más característica de Isabel, nombró la castidad. La pureza de esta madre de dolor respiraba tan visiblemente en todo su ser, que asegura se la hubiera podido llamar la misma castidad. Pedro Mártir añade, para completar su pensamiento, que después de la Virgen Santísima (2) no hubo seguramente mujer más casta que Isabel.

La autoridad de estos graves testimonios tiene que ceder el puesto á una apreciación más eminente aún, á la de un hombre verdaderamente extraordinario, que continuó humilde amante de la pobreza, en la cumbre de los honores, mientras mostraba ser gran arzobispo, gran cardenal, gran ministro, y hasta gran capitán: el sabio franciscano fray Ximenez de Cisneros.

Después de recordar ese ilustre genio las excelencias de la reina, á quien él «veneraba con admiración» declaraba «que, en los mundos de nuestro sistema planetario, jamás iluminó el sol á su igual (3).» Si este santo hombre dejó escrita semejante afirmación, fué porque había trabajado con Isabel, por ella, y á sus órdenes; había sido su consejero y confesor, había conocido su fervorosa piedad, su pureza de intención, y medido la asombrosa profundidad de sus miras administrativas.

Muy á pesar nuestro, los reducidos límites de este trabajo no nos permiten dar el retrato de la admirable mujer que fué tan gran monarca. Nos concretamos á consignar solamente que por su naturaleza fué Isabel la viva personificación del genio caballeresco de su época y de su nación. Ninguna mujer subió al trono con una fe más sincera ni una prudencia más consumada, ni hizo brillar en él una lealtad más franca. A sus proyectos como á sus actos pareció manifiestamente adherida una especie de bendición. Isabel pudo obrar siempre que quiso, y quiso obrar

(1) Habeto pro Sibyllæ folio, Pomponi, quod nunc referam. Est hæc femina forti viro fortior, omni anima humana constantior. Mirum pudicitiae et honestitatis exemplar, etc.—*Opus epistolarum*, Petri Martyris Anglerii Mediolanensis, folio 2, epist. vi.

(2) «Hæc sibi post illam intemeratam Virginem Deiparam.» — *Opus epistolarum*, liber decimus septimus, epist. CCLXXIX.

(3) «Cui similem sol noster planetaris numquam in terris aspexit.» — Fortunatus Hubertus, *Menologium sancti Francisci*, pág. 1033.

siempre que pudo. El buen éxito justificó cada una de sus empresas. Engrandeció el reino que heredó en la agonía, y lo elevó á la calidad de primera potencia. Suscitando Dios en torno de ella, para servirla, capacidades superiores, sinceras abnegaciones, permitió que la sabiduría de sus consejos sobrepusiera todavía á la de sus consejeros.

Por Isabel se realizó el principal hecho de la política europea, la expulsión de la Media Luna; y con Isabel se llevó á cabo el más prodigioso acontecimiento de la humanidad; el que, doblando su dominio terrestre, decuplica el horizonte de sus investigaciones científicas.



que pudo. El hecho mismo justificó cada una de sus empresas. Engrandeció el reino que heredó de su abuelo, y lo elevó á la calidad de primera potencia. Sus estados eran el mundo de ella, para servirla, capacidades superiores, sinceras obediencias, y un patriotismo que la sabiduría de sus consejos sobrepusiera todavía á la de sus reyes.

Por Isabel se realizó el principal hecho de la política europea, la expulsión de la Media Luna, y con Isabel se hizo á cabo el más prodigioso acontecimiento de la humanidad, el que, doblando el horizonte terrestre, decuplica el horizonte de sus investigaciones científicas.



VISTA DEL CONVENTO DE LA RÁBIDA.